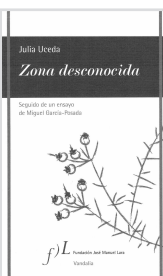


solos y no podemos hablar con nadie al respecto. Precisamente por aquel tiempo se dio cuenta Drogo de que los hombres, aun cuando se estimen, permanecen siempre distantes de que, si uno sufre, no por ello sienten los otros dolor, aun cuando haya un gran amor por medio, y eso provoca la soledad de la vida”

Muchos años más tarde se escuchó en la Fortaleza el grito de alarma: ¡Que vienen!. La oportunidad esperada llegaba, pero no era para él. El Alto Mando, al igual que el destino, traía a nuevos regimientos, a nuevos hombres jóvenes,

mientras que él, enfermo y abatido, veía como la vida le negaba su ansiado sueño. Aquel día fue trasladado fuera de la Fortaleza donde nunca más podría molestar a los nuevos mandos militares que le sustituían. Las lágrimas empañaban sus ojos al partir y, sobre todo, al comprender como los años allí pasados no sólo no volverían sino que de ellos, los únicos frutos obtenidos habían sido la frustración y la más completa soledad. El viaje terminaba para él y no tenía nada en su vida en lo que sostenerse, no quedaba nada que le alentara a vivir.

María Antonia San Felipe



Título: Zona desconocida
Autor: Julia Uceda
Lugar y año: Madrid, 2007
Editorial: Fundación José Manuel Lara
Páginas: 112

CONOCIMIENTO Y HERMETISMO

El nuevo libro de Julia Uceda (Sevilla, 1925) reúne poemas escritos entre 1995 y 2006, algunos de los cuales dio a conocer en su obra poética completa *En el viento, hacia el mar*, con la que obtuvo el premio Nacional de Poesía en 2003. Recientemente ha obtenido el Premio Nacional de la Crítica, y en primavera de 2007 encabeza la lista de los libros de poesía más vendidos.

Julia Uceda pertenece –por edad y por la fecha en que publicó su primer libro *Mariposa en cenizas* (1959)– al grupo poético de los 50. Junto con los miembros más distinguidos de ese grupo (Ángel González, Claudio Rodríguez, Caballero Bonald, Valente, Gil de Biedma, Barral, José Agustín Goytisolo, Brines, Carlos Sahagún) convive una oleada de poetas de menor popularidad y reconocimiento pero que no desmerecen en prestigio e importancia a los anteriores, como Eladio

Cabañero, José Gerardo Manrique de Lara, los hermanos Antonio y Carlos Murciano, Enrique Badosa, Mariano Roldán, José Corredor-Matheos, Fernando Quiñones, Manuel Mantero, Alberto García Uceda, María Victoria Atencia, y la propia Julia Uceda.

La obra se divide en tres partes: “De las preguntas”, “De los senderos” y “De la blancura”, y se acompaña al final de un interesante estudio de Miguel García-Posada en el que repasa la trayectoria de la poeta sevillana, a la vez que profundiza en las claves de este último libro. Es tónica general en las tres partes señaladas del mismo una visión del personaje poético de extrañeza de sí mismo, a partir de la cual trata de desentrañar la que también le produce el mundo. Como dice García-Posada, “decir lo inefable, lo que no puede decirse, es el objetivo de la poesía metafísica”.

La primera parte, “De las preguntas”, contiene poemas como “Carta”, muy enigmático, donde muestra la elocuencia del silencio como forma de conocimiento (“La página inundada de silencio/¿La

entiende alguien?”). “¿Dónde la casa?”, poema de fuerte narratividad en el que hay una convivencia, a veces difícil, entre la nitidez y la nebulosidad del recuerdo, compartiendo un espacio sobrenatural y atemporal (donde a la vez hay una permanencia de ese no-tiempo) en el que el yo del poema no parece tener una entidad humana. En “Palabras” es más clara la apuesta por la poesía como autoconocimiento, a veces hermético, y no como mera comunicación (“¿Quién eres? ¿Cómo fuiste?/ ¿Qué frío establecía la distancia/ entre palabra y corazón?”), a la vez que se reconoce el poder que tiene la palabra para explicar nuestras circunstancias vitales y acompañarnos. Ya empezamos a apreciar a partir de este poema el nihilismo y el desencanto de la autora que recorre todo el libro y que enlaza con su poesía más social. En “Araña” cobra mucho peso lo cotidiano. Uceda se sirve de la actividad de una araña para trascender lo cotidiano y establecer así un paralelismo con nuestra empresa de vivir, sumida en una metafísica temporal, algo que nos recuerda algunos poemas de Claudio Rodríguez, como “Gorrión”. Al mismo tiempo hay una orientación hacia todo lo que suponga vacío, sombra, nada, silencio: “(...) todo lo que nos lleva/ de regreso al vacío./ Los espejos en sombra/le guardan el secreto”. Aparece ya el espejo como símbolo machadiano de conocimiento. El personaje poético vuelve al pasado y a los recuerdos, como la araña vuelve sobre lo ya tejido para, al final del proceso de regresión, encontrarse de nuevo con el nihilismo y el desencanto. En “La dama extraña” conviven de nuevo el hermetismo, lo misterioso y lo visionario junto a la idea del recuerdo como forma de autoconocimiento. Esa “dama extraña” parece ser el destino adverso y la muerte (“Como aquellos/ a cuyas dudas no podremos/ ya nunca responder porque sus dados,/ rodando en desventaja,/ nunca pudieron superar/ el juego sucio de la vieja dama”). En el enigmático “Persona”, Uceda libera al extremo unas imágenes surrealistas de gran influencia lorquiana. “pero sigue escondiéndose en su idioma/ niebla apacible sábana de cuna/ visillo en la ventana del silencio que el aire.../ y se esconde/ diciendo la verdad para que nadie sepa/ quién es quién fue y quién no será nunca/ ella lo sabe”. En el poema “Se llaman horas, pero rómpelas”, de carácter metafísico, el personaje poético rechaza y, sobre todo, olvida el retorno melancólico al pasado. En cambio, desea fervientemente ensalzar y vivir un presente en constante movimiento, a pesar de su

difícil posesión y asimilación por la rapidez de su paso.

“De los senderos”, segunda parte de *Zona desconocida*, es la más claramente neosimbolista y deudora del Antonio Machado de *Soledades*. En “Driving” se refleja el misterio metafísico del ser, de la existencia, y una vez más, la poesía como palabra en el tiempo. “Con música antigua” plantea el tema machadiano del sueño como conocimiento, mostrando la relación entre lo temporal y la existencia. En “Quisiera comer lotos” son muy importantes la memoria y los sentidos como vías cognitivas (“Tienen cuerpo/ las letras con que se acercan esos viejos olores/ que se instalaron en mi biografía/ aunque ninguno me pertenezca”). El agua, el espejo y el sueño vuelven a ser símbolos de conocimiento en “Aprendiendo a nadar”; mientras que el tiempo es un elemento decisivo en el breve poema “Despedida”.

La tercera y última parte, “De la blancura”, está totalmente ocupada por la poesía social, inserta como siempre en el contexto metafísico de la autora. En “Del olor de humo” se aprecia un desencanto de los grandes ideales y una idea de la inutilidad de la lucha (“A dónde regresar si todo está callado –se oyen más a los muertos/ que ya, de muertos, están acostumbrados/ a la postura del morir). “Lugar con cremalleras” es un canto a la pureza de los sueños y a la utopía en sí misma, sin obligación de llevar a la práctica los grandes ideales. Por último, en “Regresa el pálido caballo” se refleja cómo los favorecidos por la historia disfrutaban lujosamente de los beneficios obtenidos del trabajo de los más perjudicados: “Llovía. Se oía el mar. Callan las encinas/ porque el viento ni roza sus hojas sagradas: miran/ cómo el campo de golf devora lo sagrado,/ el barro de los muertos/ da cuerpo a las paredes de un hotel”. Y como colofón del poema, dos versos muy significativos: “Los otros, cenizas nunca redimidas,/ divertirán a fugaces viajeros”.

Zona desconocida continúa la senda trazada por Uceda desde su primera obra; esto es, una apuesta por una manera de entender la poesía como forma de autoconocimiento, donde las imágenes oníricas, visionarias y de un libérrimo surrealismo cobran cada vez más importancia y que, como consecuencia, dan como resultado una escritura cada vez más hermética y difícil.

Gonzalo Álvarez Perelétegui